

Kitty a medianoche

Carrie Vaughn



Traducción de María Otero González



PANDORA

Libros publicados de Carrie Vaughn

KITTY NORVILLE

1. *Kitty a medianoche*

Próximamente:

2. *Kitty se va a Washington*

Título original: *Kitty and the Midnight Hour*
Primera edición

© Carrie Vaughn, 2005

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-727-5 Depósito Legal: B-30013-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

El primero se lo dedico a mamá y a papá.
Gracias por vuestra impronta.

Agradecimientos

Muchísimas gracias a Paula Balafas del Departamento de Policía de Wheatridge por revisar todo lo relativo a los procedimientos policiales y por ser mi fiel e incondicional cómplice literaria en la universidad.

Gracias a mis compañeros de piso cuando estaba escribiendo este libro: a Joe *Max* Campanella por enseñarme los entresijos de la radio y la música, por sus consejos, por sus «choca esos cinco» y por ser mi paño de lágrimas; y a Yaz Ostrowski por su ayuda durante la «fase de pruebas» del libro y por sus impercederas palabras: «No hagas que me *hambriente*. No te gustaría verme hambriento».*

Gracias a los Odfellows, participantes en el taller de escritura de literatura fantástica *Odyssey*, especialmente a los Naked Squirrels y al grupo de escritura WACO (Michael Bateman, Barry Fishler, Karen Fishler, Brian Hiebert y James Van Pelt), muchos de los cuales han tenido que vérselas con Kitty en sus diversas encarnaciones. Me gustaría dar las gracias muy especialmente a Jeanne Cavelos por sus siempre entusiastas ánimos.

Podría tirarme páginas y páginas dando las gracias a mucha gente, pero incluiré solo a unos pocos más: gracias a Thomas Seay por sus vertiginosas expectativas; a George Scithers, Darrell Schweitzer y a toda la gente de *Weird Tales*, que fueron los primeros en dar un hogar a Kitty; a Dan Hooker, que vino a verme el día después de estar a punto de rendirme; a Jaime Levine, por

* Juego de palabras intraducible entre *don't make me angry* («no me hagas enfadar») y *don't make me hungry* («no me hagas pasar hambre»).

«lograrlo» de maneras que han superado mis más altas expectativas.

Y, finalmente, gracias a Robbie, mi mayor fan, y a Debbie, por seguirnos la corriente.

Un fragmento del capítulo 5 apareció en el número 324 de la revista *Weird Tales* (verano de 2001) con el título «La doctora Kitty soluciona todos tus problemas amorosos».

Un fragmento del capítulo 8 apareció en el número 333 de *Weird Tales* (otoño de 2003) con el título «Kitty pierde la fe».

Lista de canciones

Cuando terminé el primer borrador de *Kitty a medianoche*, grabé un CD con parte de la música que estuve escuchando mientras lo escribía. He aquí la improvisada banda sonora:

Credence Clearwater Revival, *Bad Moon Rising*

Concrete Blonde, *Bloodletting*

Siouxsie and the Banshees, *Peek-a-Boo*

No Doubt, *Just a Girl*

Garbage, *When I Grow Up*

David Bowie, *Let's Dance*

They Might Be Giants, *Man, It's So Loud In Here*

Oingo Bingo, *Skin*

Credence Clearwater Revival, *Long as I Can See the Light*

The Sisters of Mercy, *Lucretia My Reflection*

Rasputina, *Olde Headboard*

Depeche Mode, *Halo*

The Canadian Brass, *Sheep May Safely Graze* (Bach)

The Clash, *Train in Vain*

Peter Murphy, *I'll Fall With Your Knife*



Tiré la mochila a un rincón del estudio y choqué los cinco con Rodney cuando este se disponía a marcharse.

—Eh, Kitty, gracias otra vez por hacer el turno de noche —dijo. Acababa de poner a una banda de *grunge* de tercera generación que me sacaba de quicio, pero le sonreí de todas formas.

—Un placer.

—Ya veo. Antes no te gustaba este turno.

Tenía razón. Me había vuelto de lo más nocturna en los últimos meses. Me encogí de hombros.

—Las cosas cambian.

—Bueno, que te sea leve.

Por fin tuve el estudio para mí sola. Bajé las luces de manera tal que el cuadro de control resplandecía y los interruptores y diales parecían futuristas y siniestros. Me recogí mi pelo rubio en una coleta. Llevaba unos vaqueros y una sudadera enorme que había pasado por la lavadora demasiadas veces. Una de las cosas buenas de trabajar por la noche en una emisora de radio era que no tenía que adecentarme para nadie.

Me coloqué los cascos y me recosté en la silla, con sus chirriantes ruedas y su tapicería rasgada. En cuanto pudiera, pondría mi música. Bauhaus seguidos de The Pogues. Eso los despertaría. Ser dj era ser Dios. Yo controlaba las ondas. ¿Y ser dj en una emisora de radio alternativa? Eso era ser Dios con una misión. Creer que tú eras la primera persona en descubrir a The Clash y que debías darlos a conocer al mundo.

Mis ilusiones acerca del verdadero poder de ser dj en una radio se habían visto echadas por tierra con el paso del tiempo. Había comenzado en la emisora de la universidad. Me había graduado hacía un par de años y había conseguido mi puesto en la KNOB después de hacer las prácticas allí. Sí, puede que mi cabeza hubiera estado llena de principios filosóficos, elevados ideales y opiniones que no podía esperar a vocalizar. Pero, fuera del campus, a nadie le importaban. El mundo era un lugar mucho más grande y yo estaba totalmente perdida en él, a la deriva. ¿No se suponía que la universidad solucionaba esas cosas?

Encendí el micro.

—Buenas noches, Denver. Aquí Kitty en la KNOB. Son las doce y doce y estoy aburrida, lo que significa que os voy a obsequiar con estupideces hasta que alguien llame y pida alguna canción anterior a 1990.

»Tengo el nuevo número del *Wide World of News*. Lo cogí cuando fui a comprarme un burrito congelado para cenar. El titular dice: «El niño murciélago ataca un convento». Creo que esta es la décima historia del niño murciélago en lo que va de año. Ese crío no para quieto; aunque, con todo el tiempo que llevan sacando historias sobre él, debe de tener ya ¿qué?, ¿cincuenta años? Da igual, el caso es que con lo visible que es este chico, al menos según el intrépido personal del *Wide World of News*, supongo que alguien ahí fuera lo habrá visto. ¿Habéis visto al niño murciélago? Me gustaría oírlo. Las líneas permanecen abiertas.

Sorprendentemente, al momento entró una llamada. No tuve ni que suplicar.

—¡Hola!

—Eh... Sí, hola, tía. Eh... esto... ¿Puedes poner algo de Pearl Jam?

—¿Qué es lo que he dicho? ¿Es que no me has oído? Nada posterior a 1989. Adiós.

Otra llamada en espera. Genial.

—Hola.

—¿Crees en vampiros?

No respondí al instante. Cualquiera otra persona habría soltado lo primero que se le hubiese venido a la cabeza, pensando: *Otro bicho raro que busca llamar la atención*. Pero yo no.

—Si digo que sí, ¿me contarás una historia buena?

—Entonces, ¿sí crees en ellos? —Era un hombre. Poseía una voz clara y tranquila.

Esboqué una sonrisa con mi voz.

—Sí.

—Las historias del niño murciélago. Creo que son una tapadera. Como todas esas historias que salen en los tabloides y en programas de televisión como *Uncharted World*.

—¿Sí?

—Todo el mundo se las toma a broma. Demasiado exageradas, demasiado increíbles. Tonterías, basura sin sentido. Así, si todo el mundo cree que esas historias son mentira y realmente si hubiera algo ahí fuera, nadie lo creería.

—¿Quieres decir que nos lo están escondiendo en nuestras propias narices? ¿Que quieren que se hable de extraños sucesos sobrenaturales lo suficiente como para que parezcan ridículos y desviar así la atención de la verdad?

—Sí, eso es.

—Y entonces, ¿quiénes son los encubridores y qué encubren?

—Ellos. Los vampiros. Están encubriendo... bueno... están encubriéndolo todo. Vampiros, hombres lobo, magia, círculos en los cultivos...

—Para el carro, Van Helsing.

—¡No me llames eso! —Parecía enfadado de veras.

—¿Por qué no?

—No... no me parezco en nada a él. Él era un asesino.

Se me puso la carne de gallina. Me acerqué más al micrófono.

—¿Y tú qué eres?

Soltó un suspiro que resonó por el teléfono.

—Eso da igual. He llamado por lo del tabloide.

—Sí, el niño murciélago. ¿Crees que el niño murciélago es un vampiro?

—Quizá no específicamente. Pero antes de que pases a otro tema, piensa en todo lo que puede haber ahí fuera.

Lo cierto era que no tenía que hacerlo. Ya lo sabía.

—Gracias por el consejo.

Colgó.

—Qué llamada más intrigante —dije, en parte para mí, casi olvidándome de que estaba en directo.

El mundo del que él hablaba (vampiros, hombres lobo, cosas aterradoras) era un espacio secreto, incluso para aquellas personas que acababan allí sin querer. La gente caía en esa región por accidente y era abandonada a su suerte. Podías hundirte o nadar (por lo general, lo primero). Una vez dentro, no era algo de lo que se hablara con los de fuera porque, bueno, ¿quién iba a creerte?

Pero en realidad tampoco es que estuviéramos hablando, ¿no? Se trataba de un programa de radio que se emitía de madrugada. Era una broma.

Erguí la espalda e intenté ordenar un poco mis pensamientos.

—Bueno, esto suscita todo tipo de posibilidades. Tengo que saberlo, ¿acabo de recibir la llamada de un tarado? ¿O es cierto que hay algo ahí fuera? ¿Tienes alguna historia que contarme acerca de algo que se supone que no existe? Llámame. —Puse a Concrete Blonde mientras esperaba.

La luz del teléfono que indicaba que había una llamada entrante parpadeó antes siquiera del primer acorde de bajo de la canción. No estaba segura de si quería que alguien llamara. Si podía seguir bromeando sobre el tema, podría fingir que todo era normal.

Cogí el teléfono.

—No cuelgues, por favor —dije y esperé a que terminara la canción. Respiré un par de veces con la vaga esperanza de que el que llamaba tan solo quisiera escuchar algo de Pearl Jam.

—Muy bien. Kitty al habla.

—Hola... Creo que sé de qué hablaba ese tipo. Dicen que los lobos se extinguieron hace más de cincuenta años. Bueno, unos amigos míos tienen una cabaña en Nederland y juro que he oído aullidos de lobos allí. Todos los veranos los oigo. Llamé a las autoridades en una ocasión, pero ellos me dijeron lo mismo. Que se habían extinguido. Pero no lo creo.

—¿Estás seguro de que eran lobos? Quizá fueran coyotes. —Esa era yo intentando actuar con normalidad. Haciéndome la escéptica. Pero yo había estado en ese bosque y sabía que esa chica estaba en lo cierto. Bueno, a medias.

—Sé cómo suenan los coyotes y no se parece en nada. Quizá, quizá sean otra cosa. Hombres lobo o algo así.

—¿Los has visto alguna vez?

—No. Me da miedo quedarme allí de noche.

—Lógico. Gracias por telefonar.

Tan pronto como colgué, entró otra llamada.

—¿Hola?

—Hola. ¿Crees que ese tipo era realmente un vampiro?

—No lo sé. ¿Tú crees que lo era?

—Quizá. No sé, voy mucho de clubs y en ocasiones veo allí a personas que no encajan. No sé, son demasiado, cómo explicarlo, demasiado *in* para el lugar, ¿entiendes a lo que me refiero? Espeluznantemente *in*, como si su sitio estuviera en Hollywood y no aquí. Entonces, ¿qué demonios hacen en este lugar si no es para...?

—¿Avituallarse?

—Sí, ¡exacto!

—La imaginación es algo maravilloso. Voy a pasar a la siguiente llamada. ¿Hola?

—Hola. Yo quería decir que... bueno, si realmente existieran los vampiros, ¿no creéis que alguien ya se habría percatado? No sé, cuerpos con marcas de mordiscos tirados en callejones oscuros...

—A menos que el juez de instrucción oculte la verdadera causa de la muerte...

Las llamadas se sucedieron.

—Que alguien sea alérgico al ajo no quiere decir...

—¿Qué es lo que pasa con la sangre...?

—Si una chica que es mujer lobo se queda embarazada, ¿qué le ocurriría al bebé cuando ella se transformara en lobo? ¿Se transformaría en un cachorro de lobo?

—Collares antipulgas. Y vacunas contra la rabia. ¿Los hombres lobo necesitan vacunas contra la rabia?

Entonces llegó «la llamada». Y todo cambió. Hasta ese momento había estado intentando no dar demasiada importancia al tema en cuestión. Que pareciera irreal. Intentaba aparentar normalidad, de veras que sí. Me esforzaba mucho por mantener mi vida de verdad (mi trabajo, por así decirlo) alejada del resto. Luchaba con todas mis fuerzas para no caer en ese otro mundo en el que todavía no había aprendido a vivir.

Pero, últimamente, aquello parecía una batalla perdida.

—Hola, Kitty. —Su voz sonó apagada, cansada—. Soy un vampiro. Y sé que me crees.

Debía de haberlo percibido en mi voz durante toda la noche. Esa tenía que ser la razón por la que me había telefoneado.

—Vale —dije.

—¿Puedo... puedo hablarte de algo?

—Claro.

—Soy un vampiro. Me atacaron y me convertí involuntariamente en uno de ellos hace cinco años. También soy, o al menos era, un ferviente católico. Es muy... duro. Dejando a un lado todas esas bromas sobre la sangre y la eucaristía... ya no puedo entrar en una iglesia. No puedo ir a misa. Y no puedo matarme porque eso está mal. La doctrina católica dice que mi alma se encuentra perdida, que soy una tacha en la creación del Señor. Pero, Kitty, yo no me siento así. Que mi corazón haya dejado de latir no significa que haya perdido mi alma, ¿no?

No era pastor. No era psicóloga. Me había especializado en lengua y literatura inglesas, ¡por el amor de Dios! No estaba

cualificada para repartir consejos a la gente sobre su vida espiritual. Pero aquel chico me daba mucha pena, parecía tan triste. Lo único que podía hacer era intentarlo.

—No puedes ir a ver a tu párroco para contárselo, ¿no?

—No —dijo, riéndose un poco.

—Vale. ¿Has leído *El paraíso perdido*?

—Eh... no.

—Claro, es verdad, si ya nadie lee. *El paraíso perdido* es un extenso poema épico de Milton que trata sobre la guerra en el cielo, la rebelión de los ángeles, la caída de Lucifer y la expulsión de Adán y Eva del jardín del Edén. Como acotación al margen, te diré que hay quien cree que ese fue el momento en el que los vampiros y los licántropos comenzaron a existir: una mofa de Satán a la mayor creación de Dios. Da igual. La cuestión es que, en los primeros capítulos, Satán es el héroe. Habla en largos monólogos de lo que piensa, de su búsqueda del alma. Se debate entre vengarse o no de Dios por haberle desterrado del cielo. Conforme la lectura avanza, te das cuenta de que el mayor pecado de Satán, su mayor error, no fue su orgullo o rebelarse contra Dios. Su mayor error fue creer que Dios no lo perdonaría si le pedía perdón. Su pecado no solo fue el orgullo, sino la autocompasión. Creo que de algún modo todas y cada una de las personas, ya sean humanas, vampiras o demás, tienen una decisión que tomar: o seguir llenas de ira por lo que les ocurre o reconciliarse con su entorno y luchar por llevar la existencia más honesta posible a pesar de todo lo que puedan tener en su contra. ¿Crees en un Dios que comprende y perdona o en uno que no lo hace? Esto es algo entre Dios y tú, y tendrás que resolverlo solo.

—Sí... suena razonable. Gracias. Gracias por haber hablado conmigo.

—No hay de qué.

A las cuatro de la mañana empezaba el siguiente turno. No me fui directamente a casa a meterme en la cama, aunque estaba agotada. Todas aquellas conversaciones me habían dejado exhausta. Cuando trabajaba por la noche siempre quedaba con T. J. para tomar un café en la cafetería que había al final de la calle. Estaría esperándome.

No había aparecido aún, pero pedí mi café y, cuando este llegó, él también. Llevaba un abrigo militar. Caminando con los hombros caídos, echó una ojeada a su alrededor para tomar nota de todos los allí presentes y no me miró hasta sentarse.

—Hola Kitty. —Con señas le pidió a la camarera una taza de café. Fuera, el cielo era de un color gris que palidecía con la llegada del amanecer—. ¿Cómo te ha ido?

—¿No me has escuchado? —Intenté no parecer decepcionada, pero es que tenía muchas ganas de comentar el programa con él.

—No, lo siento. No estaba en casa.

Cerré los ojos y respiré profunda y silenciosamente. Grasa, humo de cigarrillo, mal aliento, nervios cansados. Mis sentidos lo percibían todo, incluso el más leve olor. Pero el olor más fuerte lo tenía justo enfrente de mí. El olor a tierra, a bosque, al aire húmedo de la noche, a pelaje de animal. Un leve aroma a sangre hizo que se me pusiera la carne de gallina.

—Saliste a correr. Te transformaste en lobo —dije con el ceño fruncido. Él apartó la vista—. Joder, si sigues haciéndolo, perderás por completo el control...

—Lo sé, lo sé. Pero... me hace sentir tan bien. —Su mirada se fue tornando distante, ausente. Una parte de él seguía en ese bosque, corriendo dentro del cuerpo de un lobo.

El único momento en el que teníamos que transformarnos era durante las noches de luna llena. Pero podíamos transformarnos cuando quisiéramos. Había quienes lo hacían siempre que podían, constantemente, todo el tiempo. Y, cuanto más lo hacían, menos humanos eran. Iban en manadas incluso cuando eran humanos, vivían juntos, se transformaban y cazaban

juntos, rompiendo todo vínculo con el mundo humano. Cuanto más se transformaban, más difícil les resultaba no hacerlo.

—Ven conmigo la próxima vez. Mañana.

—No hay luna llena hasta la semana que viene —dije—. Procuero con todas mis fuerzas controlarme. Me gusta ser humana.

T. J. apartó la vista y golpeteó la mesa con el tenedor.

—No estás hecha para esta vida.

—Me las apaño bastante bien.

Esa era yo dándome palmaditas en la espalda por no haberme vuelto completamente loca esos dos últimos años, desde el ataque que me cambió. O por haberme librado de ser desmembrada por otros hombres lobo que veían en alguien como yo a una presa fácil. Y, además de todo eso, por lograr mantener una apariencia de vida humana normal.

Aunque, bien es verdad, muy normal no era. Tenía una licenciatura por la Universidad de Colorado que cada vez se me antojaba más lejana, un apartamento destartalado, un trabajo de poca monta como dj que apenas me daba para pagar el alquiler y ninguna perspectiva de futuro. En ocasiones, eso de adentrarse en el bosque para no regresar sonaba bastante bien.

Hace tres meses me perdí el cumpleaños de mi madre porque coincidía con la noche que había luna llena. No podía estar allí, sonriendo y departiendo en la casa residencial de mis padres, en Aurora, mientras el lobo que habita en mi interior luchaba por liberarse, por vencer mi autocontrol. Me inventé una excusa y mi madre dijo que lo comprendía. Es solo un ejemplo, pero sirve para poner de relieve que, en una pelea entre mis dos mitades, mi parte lobo solía ser la vencedora. Desde entonces, mantener el entusiasmo por la vida humana había sido complicado. Inútil, incluso. Dormía por el día, trabajaba por la noche y cada vez pensaba más en las noches en que corría por el bosque transformada en lobo, con el resto de la manada rodeándome. Estaba a punto de cambiar una familia por otra.

Me fui a casa, dormí y regresé a la KNOB la noche siguiente. Ozzie, el director de la emisora, un *hippy* entrado en años que llevaba su escaso pelo recogido en una cola de caballo, me pasó una pila de papeles. Todos eran mensajes telefónicos.

—¿Qué es esto?

—Yo iba a preguntarte lo mismo. ¿Qué demonios ocurrió anoche en tu turno? Llevamos todo el día recibiendo llamadas. La línea estuvo toda la noche ocupada. Y los mensajes... Seis personas afirman ser vampiros, dos dicen ser hombres lobo y uno quiere saber si podrías recomendarle un buen exorcista.

—¿En serio? —dije mientras hojeaba los mensajes.

—Sí. En serio. Pero lo que realmente quiero saber... —Paró de hablar y yo calibré cuán hasta arriba de mierda estaba. Se suponía que el mío era un formato musical, el tipo de programa en el que la Velvet Underground sonaba después de Ella Fitzgerald. Rememoré mentalmente el programa. Me había pasado hablando todo el tiempo. Lo había convertido en un consultorio radiofónico. Iba a perder mi trabajo y no estaba segura de tener la iniciativa para poder encontrar otro. Bueno, siempre podía irme al bosque y dejar que el lobo que llevaba dentro tomara las riendas.

Entonces Ozzie añadió:

—Lo que quiera que hicieras anoche... ¿podrías hacerlo de nuevo?